

La. Conjura de Córdoba

JUAN KRESDEZ



Colección: Novela Histórica
www.novelanowtilus.com

Título: La conjura de Córdoba
Autor: © Juan Kresdez

Copyright de la presente edición © 2007 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Rodil&Herraiz
Diseño y realización de interiores: Sara Cordon

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-349-9
Fecha de publicación: Marzo 2007

Printed in Spain
Imprime: Gráficas Marte, S.A.
Depósito Legal: M-8222-2007

ÍNDICE

El Palacio de Mármol, Dar al-Rujam	11
El zoco	25
Muere al-Hakam II	39
Mohamiya	57
Abu-l-Asbag	71
Los grandes oficiales eunucos	87
Jueces y ulemas	99
Al-Mushafi	111
Abi Amir	125
Al-Malik	141

Los beréberes	157
Camino de al-Rushafa	171
Subh	181
Al-Mugira	193
El indulto	205
El pabellón al-Rasiq	215
La ejecución	227
Epílogo	237
Plano esquemático de Córdoba del siglo X	243
Glosario	245

A Jesús Mariano Valle

EL PALACIO DE MÁRMOL, DAR AL-RUJAM

El médico entró en el dormitorio del Califa como cada mañana en los últimos meses. La enfermedad de al-Hakam II le tenía desorientado. Los síntomas eran inequívocos de apoplejía, una repetición de la enfermedad sufrida el año anterior, sin embargo, manifestaciones que no acertaba a identificar le hacían dudar del diagnóstico.

El Califa recostado sobre almohadones somnoliento, extraviado, comía cuando le daban, bebía cuando le acercaban un vaso y parecía no reconocer a nadie. Se hacía las necesidades encima y solamente el olor nauseabundo avisaba a los esclavos de la obligación de limpiarle y cambiarle de ropa. Ni mejoraba ni moría.

Esa mañana al-Adadi, después de suministrar al enfermo el preparado habitual, preguntó a los hombres que cuidaban del Califa desde los primeros momentos de la aparición de la enfermedad, Faiq al-Nizami, el gran jefe de la Casa de Correos, *Sahib al-Burud*, y a Yawdar, halconero real y jefe de la guardia personal del Califa, los “mudos”, si habían observado alguna reacción, aunque

para ellos no revistiera importancia. Algún detalle aislado, cualquier señal que pudiera ayudarle en el esfuerzo para mejorar el estado del Califa. Ambos contestaron que no habían apreciado nada nuevo. Seguía igual. Ni el menor parpadeo cuando le hablaban. Desde el amanecer hasta la puesta del sol se encontraba en aquel estado, y por la noche creían que dormía con tranquilidad. Cerraba los párpados y mantenía la respiración pausada.

—Cuanto observo tiene las características de la apoplejía, pero este insólito estado de coma me desconcierta.

Los dos eunucos se miraron y se encogieron de hombros con un gesto que venía a decir: “Qué sabemos nosotros, el médico eres tú”.

Al-Adadi abandonó el dormitorio pensativo, arrepentido del comentario y con la incertidumbre de la ignorancia royéndole por dentro. Faiq al-Nizami mandó a los esclavos retirarse. Después se apoyó en el brazo de Yawdar y ambos se alejaron del lecho del enfermo.

—¿Crees que al-Adadi sospecha algo? —dijo Faiq al-Nizami con un susurro.

—Imposible —contestó Yawdar.

—¿Cuánto tiempo aguantará al-Hakam II en esas condiciones?

—Deberías habérselo preguntado al médico. Sé tanto como tú —contestó Yawdar.

Hablaban en voz muy baja, como si el Califa pudiera oírles desde la cama.

—¿Sigues administrándole el brebaje prescrito?

—Cada dos horas, como desde el principio. Lo interrumpiré cuando digas —Yawdar estaba cansado de actuar de enfermero, encerrado en el Palacio de Mármol desde la recaída de al-Hakam II.

—Aguanta un poco más. Los correos enviados a Medina Selim, Zaragoza, Málaga, Almería y Sevilla no han

regresado. Necesitamos la confirmación de las posiciones de esos gobernadores antes de aventurarnos a tomar una decisión irreversible.

El rostro de Faiq al-Nizami, gordezuelo y sonrosado, no demostraba emoción alguna.

—Temo que se nos vaya de las manos. Intuyo que puede morir en cualquier instante. Se debilita de un día para otro.

—Confiemos en su fortaleza. Otro, en su lugar, hubiera abandonado este mundo mucho antes.

Faiq al-Nizami, acostumbrado a cierta fatalidad, mantenía el ánimo reposado. El tiempo le había favorecido a lo largo de la vida como fiel aliado y estaba seguro de seguir disfrutando de esa prerrogativa.

—¿Qué haremos si expira sin que hayamos recibido comunicación de las provincias?

—Seguiremos con el proyecto. Proclamaremos califa a al-Mugira. Lo acatarán como un mal menor. Recuerda los comentarios desaprobatorios cuando al-Hakam II exigió la jura de Hisham como sucesor. Ninguno de los gobernadores aceptará de buen grado a un menor de edad como Príncipe de los Creyentes. Lo mismo piensan los altos funcionarios de la corte y los generales del ejército. He escuchado infinidad de opiniones semejantes a las nuestras. Jurar a Hisham como califa supondrá la regencia de al-Mushafi, inevitable a todas luces. El Hachib se ha granjeado el odio de la mayoría con su despotismo. Otra posibilidad sería que el gobierno cayese en manos de la Princesa Madre y su amante a la sombra del niño. Cualquiera de ellos cuenta con el desacuerdo y la reprobación de un alto porcentaje de los cordobeses.

Faiq al-Nizami llevaba meses entregado a la misteriosa labor de sondear a unos y otros. Desde su puesto de jefe de la Casa de Correos, responsable absoluto del

espionaje en el califato, tanto exterior como interior, conocía las debilidades y opiniones de todos y cada uno de los hombres con cierto relieve dentro de la administración, el ejército y la sociedad aristocrática cordobesa. Apostaba por el designio que habían madurado, protegidos por la confianza y bondad del Califa.

—Puede surgir la sospecha de envenenamiento.

—También he captado la observación irreflexiva de al-Adadi. Hoy mismo abandonará Córdoba, si quiere conservar la vida. Después del absurdo comentario he visto el miedo en sus ojos y he olido el pánico en su transpiración. Solo falta empujarle, ofrecerle una salida.

Faiq al-Nizami, con la dulzura y la paciencia de un padre, satisfacía cualquier preocupación de Yawdar, quien con admirable sacrificio permanecía enclaustrado dentro de los muros del palacio cuidando al Califa sin otro contacto humano con el exterior que los sirvientes esclavos y los capitanes de la guardia personal del Califa, “los mudos”, a quienes impartía órdenes cada mañana. Amparados en una prescripción de los médicos de la corte, los dos altos funcionarios eunucos y hombres de confianza de al-Hakam II habían creado un cerco inexpugnable en torno a la persona de su Señor. Nadie tenía acceso al palacio. El Gran Visir, el hachib al-Mushafi, se había declarado impotente y se resignaba con acercarse cada mañana y cada tarde a la puerta a preguntar a uno de los eunucos, quien quisiera recibirle en ese momento, por la salud de al-Hakam II. La Princesa Madre, *al-Sayyida al-Kubra*, Subh, tampoco había podido traspasar la muralla de guardias y esclavos, ni siquiera acompañada de su hijo, el Príncipe heredero.

—Lo acertado sería quitarle de en medio —refunfuñó Yawdar.

Un esclavo llamó a la puerta con delicados golpes y le invitaron a pasar.

—El Hachib se acerca por el jardín —susurró.

Faiq al-Nizami asintió y el esclavo se retiró con el mismo sigilo con que se movían todos por palacio.

Yawdar había ordenado que le avisasen con anticipación de la llegada del Gran Visir para esperarle a la puerta y de este modo paliar en lo posible la gran ofensa que le hacían.

—Hablaré con él y me acercaré a la Casa de Correos. Quizá la suerte nos haya favorecido y encuentre alguno de los mensajes que tan impacientes esperamos.

El Alcázar de Córdoba, un vasto recinto amurallado de mil cien codos, situado en el ángulo sudoeste de la ciudad, había sido la residencia de los emires cordobeses y del califa Abd al-Rahman III hasta la construcción de la ciudad palaciega de Medina al-Zahra. Ahora volvía a ocupar su antiguo destino gracias a la intervención de los médicos de la corte. Al agravarse la enfermedad de al-Hakam II, habían aconsejado el traslado del enfermo desde Medina al-Zahra a Córdoba por encontrar el clima de la ciudad del Guadalquivir más saludable que el de la áulica residencia. En su interior se agrupaban, entre patios, fuentes y jardines, los palacios construidos por cada uno de los emires, los pabellones de la administración, los fastuosos talleres del Tiraz, de donde salían las afamadas confecciones de seda y oro; las viviendas de los servidores, secretarios, amanuenses, contables, funcionarios y oficiales palatinos, eunucos y esclavos del gineceo; los cuarteles de la guardia personal del Califa, las caballerizas, los almacenes para piensos y forrajes, los pabellones destinados a armería, el harén real y el hermoso jardín del cementerio, *al-rawda*, panteón califal. En el subsuelo, los lúgubres sótanos, las terribles mazmorras, cárceles donde delincuentes comunes, asesinos, bandidos sin fe y sin escrúpulos, herejes, espías y disidentes se pudrían de por vida entre privaciones y torturas.

Al-Mushafi había dejado atrás el jardín al-Hayr, plantado de frutales y perfumado por los membrillos en sazón y atravesaba el patio de la Casa de Mármol, cuando apareció Faiq al-Nizami en lo alto de la escalera.

“Este maldito emasculado, tan gordo como engreído, me recibe desde el mismo lugar donde el Califa disfrutaba con las cabriolas de los jinetes beréberes los días de paga”, se dijo el Hachib con los dientes apretados, los puños cerrados e intentando esbozar una sonrisa para ocultar el odio y la repugnancia que le producía la presencia del *Sahib al-Burud*. Se saludaron con amabilidad en los labios y las palabras correctas bajo las cuales se ocultaba un rencor irreconciliable.

—Estimado Hachib, resulta admirable tu amor por el Califa. Cada mañana y cada atardecer, puntual y preciso, te interesas el primero por la salud de nuestro Señor. El médico acaba de realizar el reconocimiento rutinario y se ha marchado. ¿No os habéis cruzado en los jardines?

Al-Mushafi negó con un gesto y siguió con los ojos fijos en los de su interlocutor.

—Dios habrá optado por encaminar sus pasos en otra dirección. Los informes que nos ha transmitido son muy esperanzadores. Ha comprobado las constantes vitales, las pupilas de los ojos, los humores y ha presenciado el desayuno de nuestro Señor. Ha observado por sí mismo el buen apetito y las ganas de mejorar del enfermo. Satisfecho, ha emitido un diagnóstico que nos ha llenado de alegría y ha terminado con esta frase: “Si la mejoría continúa sin interrupción, dentro de unos días podrá recibir alguna visita. Corta, para no cansarle”.

—¡Alabado sea el Todopoderoso en su misericordia!

Al-Mushafi no tenía otro comentario ni ganas de continuar la conversación. Se despidió y se encaminó a su despacho en el gran pabellón de la Puerta al-Sudda. En

ausencia del Califa, todas las responsabilidades de gobierno habían caído sobre sus hombros y el tiempo se le hacía corto para abarcar e intentar solucionar tantos problemas. Hasta el mismo Faiq al-Nizami tendría que comparecer en el salón de audiencias y rendir informes detallados sobre el trabajo en la Casa de Correos y en los talleres del Tiraz.

El rostro de Faiq al-Nizami se iluminó con una sarcástica sonrisa al contemplar la espalda del Hachib mientras cruzaba el patio. “El hombre más poderoso de Córdoba, a quien nadie osa sostener la mirada, ante mí, en este palacio, adopta la actitud de un cordero”.

Entró de nuevo en palacio y salió por los jardines posteriores, se encaminó a la Puerta de Coria, en el lienzo septentrional del Alcázar, y llegó a la Casa de Correos. Un edificio de grandes dimensiones construido dos años atrás sobre los restos de un incendio que destruyó la primitiva construcción. Sentado en un diván de grandes cojines, recibió al Oficial Mayor y le preguntó por los ansiados correos.

—No han regresado. De Almería he sabido que nuestro agente no ha podido entrevistarse con el almirante al-Rumahis por encontrarse embarcado en una inspección del litoral. Galib no se encuentra en Medina Selim. Me han confirmado su estancia en Gormaz supervisando las obras de la alcazaba. Al-Tuchibi había salido para Lérida cuando se presentó nuestro hombre y le espera en Zaragoza. De Málaga no tengo noticias y de Sevilla tampoco.

Faiq al-Nizami le escuchó sin alterar un solo músculo de su rostro a pesar de la contrariedad que le causaba aquella escueta información. Despidió al oficial, otro eslavo* emasculado. Estimó como un mal presagio las

* Eslavos se les llamaba a las personas procedentes del norte de Europa. Todos llegaban como esclavos de niños. Unas veces, podían ser eunucos, otras, libertos y enteros.

casualidades. Rememoró los encuentros que había tenido con los gobernadores en busca de un detalle que se le hubiera escapado. Quizá algún gesto que le señalase si habían fingido cuando expresaron su preocupación y descontento ante la posibilidad de proclamar califa a un niño de once años, pero no encontró nada revelador. Con Rumahis no había hablado personalmente. El alejamiento de la corte del Almirante, preocupado en exceso por mantener en orden las costas y proteger de bandidos la flota mercante, y su poco tiempo para viajar fuera de Córdoba habían imposibilitado la entrevista. Sin embargo, la correspondencia personal continuaba inalterable y en aquellas cartas Rumahis se había desahogado. Manifestaba sin ambages su repulsa a entregar el gobierno a un menor de edad, lo que obligaba a una forzosa regencia, y comparaba esa desafortunada posibilidad con la decadencia del califato abasí en Bagdad. El gobierno en manos de generales mercenarios, el califato dividido por luchas intestinas y un califa honorífico carente de autoridad.

Absorto como estaba en sus pensamientos, no se dio cuenta de que tenía delante a uno de sus subordinados hasta el momento en que este carraspeó para llamar su atención. Cuando sus miradas se encontraron, le entregó una nota sellada y abandonó la estancia.

“El Califa ha muerto. Yawdar”.

Faiq al-Nizami arrojó la carta en un brasero y esperó a que ardiera completamente. Salió de la Casa de Correos y entró en el Alcázar por la misma puerta que había cruzado poco antes. Atravesó los jardines y, por la poterna de servicio, se introdujo en la Casa de Mármol. Yawdar se había encargado de ocultar la noticia y por los pasillos los esclavos continuaban con sus labores habituales. El *Sahib al-Burud* se acercó a las habitaciones ocupadas por el Califa y se encontró con dos guardias armados. Le franquearon el acceso y encontró a Yawdar nervioso, paseando de un lado

a otro, sin acercarse al cadáver del Califa cubierto con una sábana.

—¿Cómo ha ocurrido? Esta mañana parecía que se había estabilizado.

—Exhaló un ronquido y expiró —dijo Yawdar, que se había detenido delante de su compañero.

—Ordena el cierre del palacio a cal y canto. Prohíbe la entrada y salida a los sirvientes y esclavos, pero con discreción. Evitemos la alarma y pensemos con serenidad.

Faiq al-Nizami procuraba mantener la calma aunque en su interior hervía un volcán a punto de entrar en erupción. Había confiado en el tiempo como cómplice complaciente y en estos precisos momentos parecía haberle traicionado.

—El palacio es inaccesible a cualquier intruso. Se han cerrado los accesos al Alcázar, a excepción de la Puerta al-Sudda, y he doblado la guardia. He mandado incomunicar el harén, vigilar a la Princesa Madre y prohibido que ninguno de los esclavos y sirvientes que haya quedado fuera de las dependencias circule por los patios y jardines. Todos han pasado a los pabellones del servicio y esperarán allí hasta que se les comunique su destino. El gran edificio de la administración lo he aislado del resto del Alcázar. Sin embargo, no he considerado oportuno cerrarlo. Hay algunos visires dentro y está a punto de comenzar la audiencia de al-Mushafi. He procurado evitar cualquier maniobra sospechosa aunque he enviado gente a la Puerta al-Sudda. Los oficiales de la guardia están en estado de alerta y la tropa acuartelada y dispuesta a intervenir si lo consideramos oportuno.

—Es indispensable mantener oculta la muerte del Califa durante el tiempo necesario para afianzar la proclamación de al-Mugira como el próximo califa.

Faiq al-Nizami se acercó al cadáver y levantó la sábana que le cubría. Al-Hakam II, rígido y hundido en

los blandos almohadones, parecía mirar un lugar en el artesonado del techo con los ojos abiertos. El rostro del color de la cera virgen, dos grandes semicírculos oscuros bajo los párpados, la nariz prominente y la expresión sosegada indicaban que había muerto en paz, como si dijese: “Todo lo que hubo que hacer se hizo”. Faiq al-Nizami creyó ver en el semblante del muerto una dura crítica a sus proyectos y volvió a cubrir el cuerpo del Califa con la sábana.

—Solamente nosotros estamos al corriente del fallecimiento de al-Hakam II. Cuando ocurrió el desenlace no había nadie en la habitación excepto yo. Ni los esclavos se han enterado —contestó Yawdar, el gran halconero, *Sahib al-Bayazira*, celoso del papel que le había tocado en suerte y, al mismo tiempo, cansado de tan lúgubre soledad. Miró directamente a los ojos del *Sahib al-Burud* con muda interrogación sobre los pasos que darían a continuación, ansioso por conocer la situación en el exterior, saber quiénes se habían adherido incondicionales a su causa, y la actitud que tomaría al-Mugira al comunicarle la defunción de su hermano el Califa.

—Seguimos como esta mañana. Los correos enviados a las provincias no han regresado y carecemos, por tanto, de la confirmación del apoyo de los gobernadores. Sin embargo, continuaremos con el plan previsto. Una vez en el diván califal al-Mugira, jurado por la corte y el pueblo de Córdoba, hasta los más reacios tendrán la obligación de acatar al nuevo Príncipe de los Creyentes o serán acusados de rebeldía y sedición, encarcelados y, si perseveran, decapitados. Dentro del Alcázar contamos con los grades oficiales esclavos, el gran repostero, el jefe de construcciones, el caballero mayor, el gran orfebre, el tesorero real, los oficiales de las armerías y toda la clientela que arrastran tras de sí esos cargos. Los eunucos y esclavos del harén, los

oficiales contables y los registradores de la administración, los mismos empleados del Hachib y la guardia real cuyo jefe eres tú. En Córdoba contamos con los esclavos jefes de las casas de la aristocracia árabe, algunos ulemas ortodoxos, los grandes terratenientes, los propietarios de los inmuebles de la ciudad y los jefes de los gremios comerciales, varios generales de los acuartelamientos de la fuerzas regulares, esclavos aunque no emasculados. Nada puede detenernos: mañana, en el gran salón donde fue proclamado Abd al-Rahman III, juraremos Príncipe de los Creyentes a al-Mugira con la misma ceremonia que lo hizo su padre y en el mismo lugar. El califato de Occidente no saldrá de la línea sucesoria omeya y hasta los más escrupulosos aceptarán y prometerán fidelidad al tercer califa cordobés, a otro de los hijos de Abd al-Rahman III.

Faiq al-Nizami, a medida que hablaba, se autoconvencía del éxito y las incipientes sospechas que le produjeron el silencio de los gobernadores se desvanecieron, como el humo de las lámparas.

—¿Cuál fue la contestación que te dio al-Mugira en el último encuentro?

—¡Por Dios, Yawdar! En las primeras entrevistas en la Casa de Correos estuvimos los tres: tú, al-Mugira y yo. Oíste su respuesta a nuestra proposición y con tus propios ojos viste su rostro iluminado por la alegría.

—En aquellos momentos aceptó sin oponer resistencia y estuvo de acuerdo con cuanto le planteamos, hasta se mostró convencido a nombrar como su heredero al príncipe Hisham, el hijo de al-Hakam II, su sobrino, pero ahora, ante el Califa de cuerpo presente, me asaltan las dudas. Al-Mugira es un príncipe disoluto, educado en los placeres y la indolencia, cobarde y carente de ambiciones. Nos negará si alguien le aprieta las clavijas. En el acto de la jura puede levantarse un visir o un aristócrata y

plantear escrúpulos por el juramento que hizo en presencia de al-Hakam II hace apenas siete meses.

Faiq al-Nizami giró sobre sus talones y se enfrentó con el cadáver del Califa, como si este a su espalda hubiera infundido en Yawdar recelos y le hubiera coaccionado para desistir del proyecto tan ambicioso en el que se habían embarcado.

—Tanto entonces como ayer, la última vez que hablé con él, al-Mugira mantiene la misma postura. Es consciente del riesgo que correría si se torcieran los acontecimientos y fracasáramos. Sabe y acepta las consecuencias y entiende que el precio es la muerte. Cuando se llega a ciertos extremos desandar el camino y retroceder es imposible.

La velada amenaza no pasó desapercibida para el Gran Halconero.

—Te equivocas si crees que vacilo o me arrepiento. Mi decisión es tan firme como las estrellas del cielo o el sol que nos alumbra y nos calienta, pero prefiero estar seguro de quienes nos acompañan en esta peligrosa aventura. No quiero deber el fracaso a otros, ni perder la cabeza por perfidias.

La voz de Yawdar sonó como un redoble de tambor llamando a combatir a los soldados y dio por zanjada la discusión.

El inesperado desenlace precipitaba las actuaciones y el trabajo para la proclamación al día siguiente del nuevo califa imponía celeridad y coordinación.

Habían transcurrido dos horas desde el fallecimiento y el cadáver, a causa de la fuerte medicación y el calor que hacía dentro de la habitación, empezaba a descomponerse. El característico olor de la muerte amenazaba con traspasar las puertas y extenderse por el palacio. Llamaron al Jefe de la Guardia Real y le mostraron el cuerpo sin vida del Califa.

—En el pabellón de la administración ya habrá comenzado la recepción diaria de peticionarios. Sembraríamos el desconcierto si la noticia sale fuera de estos muros sin haber preparado convenientemente las actuaciones que exige el protocolo. Mientras terminan las audiencias, lavemos el cadáver y vistámosle con la túnica que eligió el propio al-Hakam II para su mortaja.

Minutos después entraron los esclavos que atendieron al Califa durante la enfermedad, le lavaron, le perfumaron, le vistieron y le colocaron encima de una gran mesa de mármol.

—¿Piensas llamar a al-Mushafi? —los ojos de Yawdar centelleaban.

—Tal como se nos han presentado las cosas no tenemos otra solución. Veremos cómo responde.

—¡Estás loco, Faiq! Lo sensato es matarle. Al-Mushafi y el Califa han conservado la amistad desde la infancia. El Hachib no traicionará el juramento a Hisham. Piensa detenidamente, analiza los pros y contras. Al-Mushafi, con Hisham menor de edad, seguirá de regente como el verdadero califa. Con al-Mugira no podrá serlo. ¿Qué ganará uniéndose a nosotros?

Yawdar, zorro, astuto, y violento no comprendía el cambio de planes de Faiq al-Nizami. Su concepto de supervivencia se resumía en una sola frase: “Al enemigo, buena muerte”.

—¡Tranquilízate! Busquemos otro modo de sujetar al Hachib —dijo Faiq al-Nizami. Deseaba empezar una nueva etapa con la conciencia limpia de asesinatos en previsión de males mayores. Tiempo habría después de deshacerse de quien les estorbase.

—Cuando se entere de la muerte del Califa convocará a los visires, a los cadíes, a la aristocracia, a los ulemas, a los hombres importantes de Córdoba y, apoyado en las

fuerzas de la prefectura de su hijo Muhammad, en las de su sobrino Hisham ibn Utman y en los beréberes, elevará al niño Hisham a Príncipe de los Creyentes.

—Mientras el Alcázar esté bajo nuestro control, seremos nosotros quienes decidamos la sucesión y al-Mushafi se pondrá de nuestro lado.

Faiq al-Nizami repasaba mentalmente sus fuerzas: la guardia real, sirvientes y eunucos —varios miles que podría armar hasta los dientes con los efectos del arsenal del Alcázar—, los espías e informadores de la Casa de Correos, algunos cuerpos del ejército mandados por eslavos. Suficiente para amedrentar a los cordobeses.

—¿Cómo piensas conseguirlo? —Yawdar desconfiaba de cualquier acuerdo con el Hachib, de quien había recibido siempre.

—Le propondremos un califa honorífico que reconozca a Hisham como sucesor al cumplir la mayoría de edad y a él, Hachib, con poderes absolutos. Un verdadero califa. Le ofreceremos también el título de doble visirato y nosotros continuaremos de oficiales de la Casa del Imán de los Creyentes. El Califa espiritual. Lo aceptará y habremos resuelto el problema, en caso contrario, delante del cadáver de al-Hakam II, le degollaremos —el razonamiento de Faiq resquebrajó la tensión de Yawdar.

—De acuerdo. Hagamos como dices. Colocaré a los sudaneses a su espalda y a la menor duda le estrangularán. Ocultaremos su cadáver, cerraremos la ciudad y entronizaremos a al-Mugira. Después daremos sepultura a al-Hakam II y al estúpido de al-Mushafi lo arrojaremos al río, los cangrejos nos lo agradecerán.